

Selecciones de Teología

Nº 246

Vol. 62

Abril-Junio 2023

Condensación de los mejores artículos de teología

Dos épocas, dos Iglesias, una espiritualidad

De sociedad piramidal a koinonía sinodal: el todavía inconcluso proceso de reforma de la Iglesia

Por qué la Iglesia debe hablar de la emergencia ecológica

El discernimiento moral conyugal. Una propuesta eclesial contracultural en tiempos de crisis

Jesús, el sacerdote

Diversidad institucional como clave de la evolución del pensamiento y praxis católica sobre ecología

Samuel, o las derivas de poder

SAMUEL, O LA DERIVA DEL PODER

André Wénin

“Samuel, ou des dérives du pouvoir”, *Études* 4292, abril 2022, pp. 85-95

La actualidad vuelve a plantear la cuestión del poder. El poder puede ser fuente de abusos, ocultos bajo las mejores intenciones. Una lectura atenta de la figura bíblica de Samuel revela toda la ambigüedad del ejercicio del poder cuando se presenta como profético o “saludable”. Samuel es un excelente ejemplo de lo difícil que resulta a quienes detentan el poder desprenderse de él.

Desde hace algún tiempo, la actualidad social, religiosa y política ha vuelto a poner de actualidad la cuestión del poder. Objeto de todo tipo de manipulaciones, lugar de abusos a menudo disfrazados y siempre perniciosos, capaz de inventar constantemente nuevas formas más o menos retorcidas, el ejercicio del poder suscita cada vez más desconfianza, hasta el punto que, incluso cuando se vive como un servicio al bien común, toda autoridad se convierte *a priori* en sospechosa. Sin embargo, lo que está en juego es el futuro de la sociedad y la posibilidad de vivir juntos. Por tanto, es tanto más urgente reflexionar sobre ello. ¿Es posible que un pilar de la cultura occidental como la Biblia siga ofreciendo recursos para alimentar esta reflexión y nutrir este debate? Tal vez, pero sólo si se cumplen determinadas condiciones.

¿Cómo leer la Biblia?

De acuerdo con la idea corriente que tenemos de ésta, la Biblia es un libro religioso. Si hay un prejuicio que guía la lectura que muchas personas hacen de la Biblia –en la medida en que la leen– es éste. Pero abordarla de esta manera a menudo lo hace poco interesante o incluso insignificante y, por tanto, aburrido (a menos que se vuelva escandaloso para un cristiano que se encuentra con un texto violento o moralmente dudoso). Uno de los

puntos de cristalización de este prejuicio es la idea de que las grandes figuras bíblicas sólo pueden ser santos o, al menos, modelos. El Antiguo Testamento y sus personajes son en gran medida víctimas de este prejuicio, fomentado por la lectura piadosa y en gran medida empobrecida que las Iglesias hacen del Libro.

Tomemos el ejemplo de un personaje que se distingue por el poder que, según el relato bíblico, ejerció sobre Israel durante mucho tiempo: Samuel, el primer gran profeta después de Moisés. Buena parte de los dieciséis primeros capítulos del primer libro de Samuel (1 Sam) están dedicados a él. ¿Qué ocurre con él en el leccionario litúrgico? Para los que van a misa los domingos, es un niño llevado al santuario de Silo por su madre, que juró ofrecerlo al Señor; el Señor lo llama de noche y lo convierte en su portavoz; más tarde, da la unción real a David. A los que van a misa durante la semana también se les cuenta la historia de su nacimiento, un discurso antimonárquico, la unción real que le da a Saúl y, finalmente, el discurso que le da a Saúl para comunicarle su rechazo. Éstas son algunas diapositivas fuera de contexto que hacen de Samuel un personaje anecdótico.

Sin embargo, el relato bíblico sobre él invita a la reflexión porque toca temas cruciales. Desde un punto de vista teológico, narra la compleja relación entre el designio divino y la libertad humana, en la que Dios procede por ensayo y error en su deseo de guiar a Israel hacia opciones portadoras de vida. Desde el punto de vista antropológico, plantea la cuestión de las relaciones intra-familiares, de la articulación entre poder instituido y autoridad carismática, de las derivas que empañan el ejercicio del poder, etc. Seguir paso a paso el camino, a veces sinuoso, mostrará algunos rasgos reveladores.

Samuel en el poder

El nacimiento de Samuel anuncia un destino singular. Nacido de una mujer estéril que había pedido un hijo a YHWH es llevado, apenas destetado, al templo de Silo, donde su madre lo confía al sacerdote Elí, conforme a su voto. Allí, Samuel sirve al anciano sacerdote cuyos hijos abusan de su poder en detrimento de los fieles y de Dios. YHWH llama entonces a Samuel y le en-

carga confirmar a Elí la condena que un profeta había pronunciado contra esa familia de sacerdotes que desprecian al pueblo y deshonran a Dios. Así, acreditado como profeta, Samuel es reconocido por todo Israel.

En ese momento, Israel está bajo el control de los filisteos y Samuel inicia una guerra para liberarlos. El ejército sufre un revés, pero en lugar de recurrir al profeta, Israel lleva el arca de la alianza al frente, como un talismán que supuestamente asegura la victoria. YHWH no tiene intención de ser tratado así y el segundo enfrentamiento acaba en desastre: Elí y sus hijos perecen, y el arca es capturada por el enemigo. Una vez que el arca regresa milagrosamente a Israel, YHWH impide que se vuelva a abusar de ella, manteniendo a su pueblo a distancia, como para enseñarle respeto. Veinte años después, el pueblo añora a su Dios. Samuel regresa y conduce al pueblo a la conversión. Luego intercede en su favor y YHWH derrota a los filisteos.

Profeta acreditado por YHWH (1 Sam 3) que responde al sacrificio que ofrece como sacerdote (1 Sam 7), Samuel explota la victoria obtenida erigiéndose gobernador de Israel. Combina así los poderes, sin ninguna señal de que YHWH lo apruebe. Al envejecer, prepara a sus dos hijos para sucederle, una iniciativa sin precedentes ya que, hasta entonces, era Dios quien designaba a los dirigentes de Israel. Pero, al igual que los hijos de Elí, los hijos de Samuel “se dejan llevar por el lucro: aceptando sobornos, pervierten el derecho” (1 Sam 8,1-3). Los ancianos de Israel acuden entonces a Samuel. Ansiosos por evitar una nueva catástrofe, piden que se establezca el ejercicio del poder estableciendo una monarquía, como en otras naciones (1 Sam 8,5).

Una situación delicada

Aunque comprensible, la petición de los ancianos es problemática: aliado de YHWH, Israel no es “como todas las naciones” (véase Éxodo 19,4-6). Samuel también se escandaliza: al oír que el pueblo pide un rey “para gobernarlos”, entiende que quieren sustituirlo. No percibe que lo que se cuestiona es la realeza de Dios y que, si se le cuestiona a él mismo, no es en tanto que gobernante, sino como garante de la alianza. En cualquier caso, decidido a

satisfacer al pueblo, YHWH ordena a Samuel que haga lo que se le pide, al tiempo que declara “el derecho del rey”. Sin embargo, no está claro qué debe hacer: la frase se presta a varias interpretaciones. ¿Debe precisar el marco constitucional de la monarquía (véase Deuteronomio 17,14-20: el rey debe limitar su poder militar, su harén y sus riquezas, y someterse a la Ley de Moisés)? ¿Debe denunciar la petición de los ancianos como contraria al pacto con su Rey divino? ¿Tiene que advertir al pueblo de los derechos que los reyes de las naciones generalmente se arrogan?

Samuel pronuncia entonces palabras que muestran su comprensión del orden divino. Lanza una virulenta diatriba contra una monarquía presentada como tiránica. De este modo, intenta presionar al pueblo para que renunciara a su proyecto, a pesar de que YHWH le había dicho que le diera un rey. Pero los israelitas se niegan a escuchar y, en contraste con la descripción amenazadora de los peligros del nuevo régimen, destacan las ventajas que le encuentran. Deciden darse un rey que los convierta en una nación independiente como las demás. Cuando Samuel los oye, comprende por fin que están a punto de renegar de la alianza. Alarmado, se dirige a YHWH. Pero en respuesta, YHWH renueva su orden de darles un rey. Sin cumplirla, Samuel disuelve la asamblea.

Así, quien ocupa la posición de mediador entre YHWH e Israel está obstruyendo. Los dos están de acuerdo en lo esencial: la transición a la monarquía es necesaria, aunque el peligro para la alianza sea real. Samuel es el único que se opone y la historia está contada de tal manera que comprendemos que no esté de acuerdo en renunciar al *liderazgo* que tiene desde la victoria sobre los filisteos. En cuanto a YHWH, se enfrenta a un doble reto: ¿qué hacer para que la monarquía no convierta a Israel en una nación como las demás, y qué hacer con un Samuel que se niega a cooperar mientras dentro del pueblo es el garante de la alianza? Dios lo va a hacer de una manera inteligente, pero el lector sólo lo entenderá poco a poco: para que la realeza se integre en la alianza a los ojos de todos, debe ser validada por el mediador; pero, como el mediador se resiste a la idea misma de realeza, YHWH lo va a poner contra la pared.

El rey se impone

La historia, de hecho, continúa con un nuevo personaje, Saúl, un hombre bien formado, pero de naturaleza más bien ansiosa, lo que le hace vacilar. Su padre lo manda a buscar unos asnos perdidos. Al no encontrarlos, decide consultar a un vidente conocido del sirviente que lo acompaña. Un *flashback* trae a Samuel de vuelta al escenario: “La víspera de la llegada de Saúl, YHWH había revelado a Samuel: ‘Mañana a esta hora te enviaré un hombre [...]: lo ungirás como guía sobre mi pueblo Israel y él salvará a mi pueblo de la mano de los filisteos...’” (1 Sam 9,15-16). La orden es precisa y calma los temores de Samuel: el hombre que ha recibido la unción para una misión específica queda vinculado al profeta que lo ha consagrado en nombre de Dios. Además, no será un rey, sino un líder, e Israel seguirá siendo el pueblo de YHWH. Al día siguiente, cuando llega Saúl, YHWH le advierte: “Este es el hombre del que te dije que frenaría a mi pueblo” (1 Sam 9,17). De este modo, da a entender que este líder impedirá que Israel se convierta en una nación entre otras. Y, al designarle, a Saúl, le otorga una posición de superioridad, condición para un vínculo compatible con la alianza que se establecerá entre el profeta y el futuro rey.

Avisado, Samuel pudo preparar la llegada del joven. En cuanto YHWH se lo indica, le hace sentir toda su autoridad, luego le comunica un programa preciso, sin decirle que ha sido elegido para ser rey. Imponiéndole así su autoridad profética, lo toma en sus manos mientras lo honra de diversas maneras en presencia de la población local. Sólo al día siguiente, cuando se despide, lo unge en secreto. Anuncia entonces que unos signos autentificarán el origen divino de su elección; su realización reforzará en Saúl la idea de que el profeta ostenta su autoridad de Dios, que le ha elegido como rey. Por último, ordena a Saúl que le preceda hasta Gilgal, sin precisar ningún plazo, y que le espere allí siete días antes de ofrecer sacrificios y recibir instrucciones. Toda esta escena muestra que el profeta pretende mantener bajo control al rey designado. Esto concuerda con el deseo de YHWH de mantener al Israel monárquico en la alianza.

Samuel convoca entonces al pueblo y lo que hace en el transcurso de la reunión sugiere que sigue teniendo el control. Prime-

ro acusa a Israel en nombre de Dios: pedir un rey, dice, es rechazar a Aquél que les ha salvado tantas veces. Luego procede a echarlo a suertes, una forma de dejar que Dios mismo elija a su elegido. No es sorprendente que sea Saúl. Pero se escondió, otro signo de una personalidad tímida. Consultado de nuevo, YHWH le hace salir y, cuando aparece este hombre de estatura inusual, el pueblo le aclama: "Viva el rey". El profeta añade entonces públicamente el "derecho de reinado" al documento de la alianza entre Israel y Dios. Si algunos se mostraban escépticos sobre la capacidad de Saúl y se negaban a jurar lealtad, un éxito rotundo con el apoyo de YHWH no dejaba lugar a dudas sobre su capacidad para gobernar. Y cuando el pueblo pide a Samuel que entregue a los traidores, es Saúl quien responde con autoridad: "Nadie morirá hoy, porque YHWH ha obtenido una victoria en Israel". Con estas palabras, Saúl afirma que YHWH le ha legitimado como rey, pero también que la alianza sigue siendo válida, cualquiera que sea el cambio de régimen político.

El retorno de lo reprimido

Al perdonar él mismo a los rebeldes, Saúl actúa como líder, liberándose del control de Samuel. Los esfuerzos de Samuel por mantenerlo bajo su control se ven ahora comprometidos. Con el rey legitimado por YHWH y el pueblo, ¿qué lugar le queda al antiguo líder? Cuando los israelitas se reúnen en Gilgal para inaugurar el reinado, parece como si hubiera renunciado al rango, aunque la iniciativa parte de él. El relato lo ignora: "Hicieron rey a Saúl *delante* de YHWH y *ofrecieron* sacrificios de paz *delante* de YHWH, y *allí* Saúl y todos los hombres de Israel se alegraron mucho" (1 S 11,15). Así que el asunto parece cerrado.

Una vez reconocida la honradez del líder, ¿se retirará Samuel? No, continúa su discurso criticando al pueblo: ingrato con YHWH, Israel le ha sido infiel exigiendo un rey. Pero, aunque tiene lo que quería, nada cambia: al igual que el pueblo, el rey debe permanecer sumiso a YHWH, que castigará cualquier rebelión. Samuel pide entonces a Dios que lo apruebe desatando una tempestad. Así lo hace, y cuando el pueblo entra en pánico y pide al profeta que interceda, éste les dice que no se desvanecerá: "En cuanto a

mí, ¡lejos esté de pecar contra YHWH dejando de orar por vosotros! Y os instruiré en el camino del bien y del derecho". Y termina con esta amenaza: "Si hacéis el mal, seréis destruidos vosotros y vuestro rey".

En esta asamblea, Samuel hace lo que Dios le ha pedido: garantizar la alianza integrando en ella la realeza. En este sentido, cuando pide a YHWH que muestre su aprobación, YHWH no puede negarse. Así pues, el profeta tiene razón en principio. Pero observemos la manera: el tono agresivo y amenazador de las palabras de Samuel delata su amargura, y el vigor con que se impone al pueblo demuestra que no ha digerido su despido. No es casualidad que nunca nombre a Saúl en su discurso y que él tenga la última palabra. Esto reaviva el interés por lo que sucede a continuación...

Al comienzo del reinado de Saúl, se reanuda la guerra contra los filisteos. El rey reúne a sus hombres en Gilgal y, a pesar de la presión del enemigo, espera a Samuel durante siete días, según lo ordenado tras su unción secreta. Pero el profeta se retrasa y las asustadas tropas comienzan a dispersarse. Saúl no puede esperar más y ofrece el holocausto propiciatorio para prepararse para la batalla. Nada más terminar el rito, aparece Samuel y pone inmediatamente al rey en el banquillo de los acusados. Saúl intenta explicarse, pero Samuel le dice que ha actuado como un loco: al desobedecer las órdenes divinas, ha anulado su reinado. YHWH ya ha buscado "un hombre según su corazón" y "lo ha hecho soberano de su pueblo". Samuel se marcha y deja a Saúl a su suerte.

Durante este enfrentamiento, Samuel está ciertamente en su papel de garante de la lealtad al Dios de la alianza, pero tiene cuidado de no "rezar por" el infractor, como había dicho que haría. Prevalece la impresión de que Samuel empujó a Saúl a la falta para poder condenarlo sin apelación. Pero ¿proviene la sentencia de YHWH? Samuel lo insinúa, pero sin atribuirle la sentencia, y el resto no lo confirma. En efecto, YHWH concede la victoria a Israel y, si ésta sigue siendo parcial a causa de una falta, Dios mismo indica que la falta no es de Saúl, sino de su hijo Jonatán. Más tarde, veremos que Saúl tiene la realeza en sus manos y dirige sus guerras con éxito: por lo tanto, parece que Samuel destituyó a Saúl por iniciativa propia, para recuperar el control sobre él de-

bilitándolo. Lo consiguió, como demuestra el comportamiento febril del rey durante la guerra contra los filisteos.

El fracaso inevitable

Así pues, YHWH no rechazó a Saúl como afirmaba Samuel. Señal de ello es que le confía la misión de castigar a los amalecitas que una vez atacaron a los israelitas recién salidos de Egipto (ver Éxodo 17,8-16). La orden es eliminarlos sin escatimar nada. Así que el rey moviliza las tropas y vence. Pero en lugar de eliminar a Amalec como se les había ordenado, Saúl y sus hombres capturan al rey y perdonan lo mejor del ganado. Entonces, por primera vez y sin ninguna alusión a una decisión previa, YHWH le dice a Samuel que se arrepiente de haber elegido a Saúl “porque se ha apartado de mí y no ha cumplido mis palabras”.

La reacción de Samuel es sorprendente. Mientras Dios sólo le hablaba de un arrepentimiento que justificaría la condena del rey infiel, validando *a posteriori* su apresurado rechazo, Samuel “se encoleriza y clama a YHWH toda la noche”, intercediendo por Saúl. Si el mero pensamiento de la destitución del rey pone al profeta en este estado es porque, cuando le notificó su destitución en Gilgal, trató de ponerlo de nuevo bajo su control para conservar algo de poder. En cualquier caso, por la mañana, Samuel va al encuentro del rey que, al ser interpelado, intenta explicarse torpemente. Bajo presión, finalmente confiesa que tenía miedo de sus hombres y que les hizo caso. Samuel sólo puede anunciar su revocación definitiva en nombre de YHWH: obedecer al pueblo antes que a Dios es indigno de la realeza.

Cuando volvió a casa, “Samuel lloró por Saúl, pues YHWH se había arrepentido de haberlo hecho rey”. El profeta se atrinche-
ra tanto en este luto que Dios tiene que sacudirlo para que se marche a ungir a un nuevo rey en Belén, como él le pide. Y nada más ungir a David, vuelve a su casa, de donde no se moverá más. ¿Por qué reacciona así? ¿Qué lamenta Samuel exactamente? ¿El problema es que Saúl haya caído, o que esta caída prive a Samuel del poder que intentaba conservar a toda costa? Porque no puede ignorarlo: su control sobre Saúl es en parte responsable del drama de su derrocamiento...

Israel quería un rey para ser como los de todas las naciones. YHWH quería que su vínculo con el pueblo perdurara. La elección de un hombre de estatura poco común, capaz de seducir al pueblo, pero de temperamento inquieto y vacilante, permitía esperar que su docilidad facilitaría la integración de la realeza en el marco de la alianza. YHWH dejó en manos de Samuel la tarea de hacer comprender a Saúl y luego a Israel que el rey debía permanecerle leal. Luego, al conceder la victoria a Saúl, YHWH lo fortaleció y obtuvo la adhesión del pueblo, reduciendo así el ascendiente que Samuel había tomado sobre Saúl. Pero esto fue sin contar con el viejo *líder*. Sintiéndose marginado como había temido desde el momento en que pidió un rey, hizo lo que tenía que hacer para recuperar un lugar central en el acuerdo que incluía al rey en la alianza. Aprovecha entonces la primera oportunidad para reafirmar su dominio sobre Saúl. Pero ignora que, debilitando así al rey, lo desestabiliza y lo expone a otras influencias, en particular a la del pueblo, con el que busca una legitimidad que el profeta impugna. Esto es lo que provocará la caída de Saúl... ¡y el despido de Samuel!

Un ejemplo para reflexionar...

Leído con toda la atención que su delicadeza requiere, este relato parece susceptible de suscitar interrogantes sobre los excesos que amenazan cualquier ejercicio del poder. Además, el hecho de que se trate de un texto lejano a la actualidad confiere al lector una perspectiva que a veces es incapaz de alcanzar cuando se enfrenta a situaciones o acontecimientos que le afectan más o menos directamente.

Desde un punto de vista teológico, la puesta en escena del personaje de YHWH en el escenario de la historia ilustra la difícil articulación entre el designio divino y la libertad humana. Para ir al centro de la cuestión, el plan del Dios bíblico es tomar a Israel como aliado a través del cual darse a conocer a toda la humanidad como Dios de bendición y, por tanto, de vida (véanse Génesis 1,28 y 9,1). Elegido para este fin (Éxodo 19,4-6), Israel se revela como un pueblo de 'dura cerviz'. En la relación con él, YHWH aprende a escribir recto por los renglones torcidos que

toma la historia a causa de las decisiones tomadas por los actores humanos opuestos entre sí y de las tensiones resultantes de los conflictos de intereses. Esta adaptabilidad divina es sin duda un motivo de esperanza.

Volviendo al contenido de la historia propuesta, la relación entre YHWH y Samuel da un giro extraño. En lugar de que éste, de acuerdo con su papel de profeta, medie en la relación entre Israel y su Dios, es más bien YHWH quien, en varias ocasiones, tiene que mediar o moderar la relación entre el pueblo y su *líder*, un *líder* al que sigue necesitando para asegurar su alianza con Israel. Así ocurre cuando decide instaurar un régimen monárquico, o cuando se trata de consolidar el poder de Saúl gracias a los éxitos militares, o de elegir a un nuevo rey al que Samuel no puede tomar bajo su control. Pero ¿por qué esta inversión de papeles?

En primer lugar, por una confusión de poderes. En efecto, sobre la base de una autoridad profética recibida de YHWH, Samuel llegó a atribuirse los demás poderes -sacral, judicial y gubernamental- en total contradicción con las instrucciones de Moisés que, en el Deuteronomio (Dt 17-18), se preocupa de distinguirlos. A partir de entonces, Samuel se resiste a todo lo que pueda limitar o incluso cuestionar este poder. Sólo YHWH, de quien depende ya que lo utiliza para legitimar e incluso sacralizar su posición, es capaz de imponerle sus decisiones. Pero Samuel se las arregla para salvar la situación. Así, cuando tiene que vérselas con un rey, hace todo lo posible por mantener el control sobre él y limitar su influencia, tomando incluso iniciativas para desestabilizarlo. Aquí podemos ver lo peligroso que es que personas con autoridad carismática ejerzan también un poder institucional. También podemos ver lo malsano que es que una autoridad se apoye en Dios para legitimar un ejercicio de poder que en realidad es abusivo.

Samuel también ilustra lo difícil que es para quienes detentan el poder dejarlo ir, ceder. Sin duda, esto tiene una explicación. Siguiendo con el ejemplo bíblico, Samuel fue testigo desde el principio del ejercicio perverso del poder, y vio el desastre al que conducía, mientras que su propia lealtad a YHWH fue una fuente de salvación. Subjetivamente, por tanto, tiene buenas razones para pensar que sin él habría caos. Además, él, que había

sido acreditado como profeta por YHWH, fue objeto de una exclusión que duró veinte años, durante los cuales Israel experimentó un verdadero estancamiento. Fue él quien mostró al pueblo cómo salir de él y quien hizo lo necesario para devolverle su orgullo y su libertad. Por eso puede pensar, contra viento y marea, que no dejará de ser una persona providencial por la que pasa necesariamente el bien de la comunidad, y que sólo él es capaz de proteger al pueblo de las desviaciones fatales... ¡sin ver que este comportamiento representa precisamente una disfunción importante! Tal convicción puede cegar al que detenta el poder, que ya no ve que se aferra a su posición por el beneficio que saca de ella (el poder por el poder, si no por otra cosa: la protección de sus intereses, etc.) o por un orgullo mal entendido que le lleva a creer que su propio bien es necesariamente bueno para todos.

La historia de Samuel, tal como está finamente relatada en la narración bíblica, sugiere que cualquier persona en el poder está más o menos expuesta a este riesgo y, por tanto, invita a la vigilancia. Pero al narrar cómo Samuel acaba relegado al margen, cómo Israel permanecerá durante mucho tiempo dividido entre los dos reyes que el profeta ha ungido y cómo Saúl -el único personaje verdaderamente trágico de la Biblia- se hundirá en la locura antes de llegar a un lamentable final, la historia expone los desastrosos resultados del abuso de poder, tanto para quien abusa de él sin (querer) verlo, como para las personas que dependen de él y para quienes se ven más directamente afectados.

Tradujo y condensó: Lluís S. Salinas Roca SJ